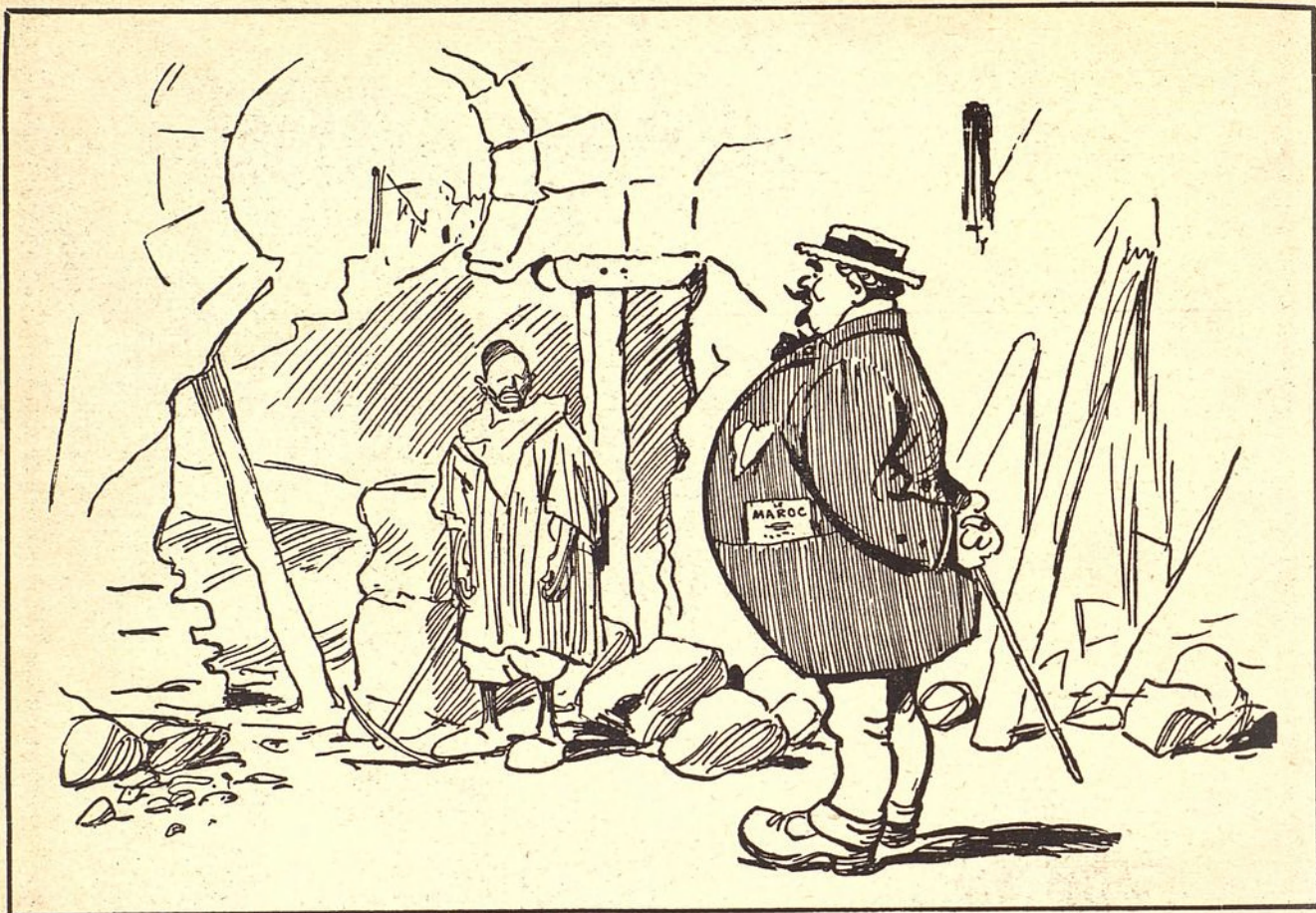


BUEN HUMOR



CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"



CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS

He aquí una caricatura sin pie ni cabeza. Hay que completarla poniendo uno y otra, para lo cual abrimos el presente concurso, que cerraremos el día 12 de marzo próximo. Nuestros lectores podrán remitirnos cuantos epígrafes y leyendas crean adaptables a la escena que representa el dibujo, no excediendo de siete líneas.

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores, y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*.

Los títulos y pies que recibamos y admitamos, los iremos dando en sucesivos números de nuestro semanario.

De todos los que publiquemos, al que a nuestro leal saber y entender sea más gracioso le otorgaremos como premio

CIEN PESETAS

¡Ah! Para tener derecho a tomar parte en este concurso, es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de los cuatro cupones correspondientes a los números 11, 12, 13 y 14 de BUEN HUMOR.

ZERO



COLONIA
JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA



El jabón de afeitar
en barras de la
Perfumería Gal
solamente tiene **UN DEFECTO:**
¡ES ESPAÑOL...!

Tubo 1.25

¿QUÉ OPINA USTED DEL CARNAVAL?

¿Debe suprimirse, o debe subsistir la fiesta?

BUEN HUMOR, que es un semanario satírico, pero *limpio* (como dice el querido colega A B C), ofrece una particularidad que no dejará de chocar a los lectores: que es *limpio*, pero no es *curioso*...

Esta inefable paradoja quiere decir que aquí nos tienen sin cuidado las vidas ajenas, los misterios de la política, los manejos de los concejales y las broncas familiares entre las actrices y sus maridos, las cupletistas y sus mamás, y los toreros y sus cuadrillas. Y ahora, sentada cómodamente la afirmación de que no sentimos curiosidad por nada, queremos explicar por qué razón, sin ser curiosos, hacemos las dos preguntas que van a la cabeza de este artículo.

No hay periódico que se estime en algo, desde los de gran circulación hasta los que se publican con el único fin previsor y caritativo de proporcionar papel para envolver a las tiendas de ultramarinos, que no haya discurrido una encuesta original, con preguntas de este tenor... o de esta tiple: «¿Cómo le gusta a usted pasar la Nochebuena?...» «¿Qué piensa usted hacer el año que viene?...» «¿Qué haría usted si le tocara el gordo?...» «¿A qué atribuye usted la ferocidad de La Cierva?...», etcétera, etc...

En vista de eso, y encontrándonos en pleno Carnaval, BUEN HUMOR ha creído conveniente hacer la pregunta consabida: ¿Qué opina usted de esta

fiesta? ¿Debe suprimirse, o debe subsistir?...

Y en efecto, por lo que los lectores verán a continuación, hemos sido honradísimos (honrados ya lo éramos) con las respuestas de varias figuras eminentes de la política, del arte y de la aristocracia, que han accedido galantemente a nuestro requerimiento.

He aquí las contestaciones recibidas:

El Carnaval es la resultante de las concomitancias sórdidas de la

personalidad humana con el virus ancestral que Darwin proclamó sintéticamente como vinculado en especies inferiores, precursoras de la presente decadencia racial. — ANTONIO MAURA.

Me parece absurdo pensar en la supresión del Carnaval, y más ahora que estoy estudiando un nuevo impuesto, que consiste en exigir que cada *confetti* vaya provisto de un sello móvil de diez céntimos, lo que, añadido al recargo de cinco céntimos que pienso imponer a todas las consumaciones que se hagan en los quioscos de necesidad, permitirá que la Hacienda española se nivele rápidamente. — FRANCISCO CAMBÓ.

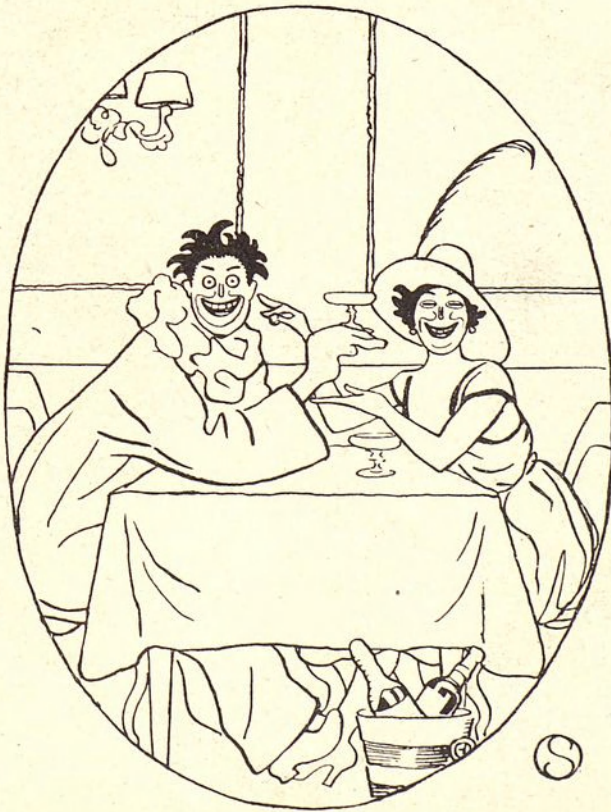
Soy enemiga del Carnaval desde la lejana fecha de mi juventud.

Jamás olvidaré aquel baile de máscaras en que un caballero amable me vió con un antifaz de raso y pidió mi mano, y al quitarme el antifaz pidió el gabán. — LORETO PRADO.

Mis ideas políticas, ampliamente liberales, me impiden formular opiniones contrarias al Carnaval, a sus excesos, a sus cursilerías y al mal gusto de los disfraces.

Es más: creo que ya es hora de que reconozcamos que cada *quisque* debe vestirse como le dé la gana.

Yo no puedo olvidar, ni olvidaré nunca, una frase



Dib. SILENO. — Madrid.

que de niño oí decir al cocinero de mi casa:

— ¡La ropa vieja sienta muy bien al cuerpo!... — VALERIANO WEYLER.



Hablando democráticamente, el Carnaval me parece una fiesta de mala pata.

Y nada que tenga mala pata puede ser serio.

Me parece que no he podido expresar mi opinión más a la pata la llana. — CONDE DE ROMANONES.



El Carnaval es, a mi juicio, iconoclasta, incoherente y estúpido. A esos hombres que cifran toda su alegría en lucir una enorme nariz postiza, no puedo considerarlos como semejantes míos.

Yo los supero en todo. — JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA.



Mi opinión honrada es que todo el año es Carnaval.

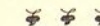
Esto, tengo una vaga idea de que lo dijo *Figaro*... o *El Figaro* de París...; pero yo lo he leído, y no tengo inconveniente en firmarlo. — PEDRO MUÑOZ SECA.



Si se dictase una orden prohibiendo el Carnaval y, como consecuencia, los bailes de máscaras, yo protestaría enérgicamente por considerar dicha medida lesiva para mis intereses. — EL DOCTOR GARRIDO (tocólogo).



No comparto la idea de que el Carnaval debe desaparecer; y buena prueba de ello es que este año voy a disfrazarme de niño llorón, y a darme unos cuantos paseos por la plaza de Oriente, pues soy uno de los que están más convencidos de que el que no llora, no mama. — ALEJANDRO LERROUX.



¿Que no debe haber Carnaval?
¿Que la fiesta es brutal, descocada e impúdica?

De acuerdo, sí, señor.

Al que ponga mano en ello y suprima sus escándalos, sus desvergüenzas y sus desafueros contra la moral y las buenas costumbres, le deberemos eterna gratitud todas las muchachas decentes. — CHELITO.

¡Suprimir el Carnaval es atacar injustamente una tradición española!

Yo vería su desaparición con lágrimas en los ojos, añorando los felices tiempos en que formaba parte de las estudiantinas, es decir, la época en que yo era estudiante, que, como todos ustedes saben, fué durante el glorioso reinado de Fernando VII. — JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ.



El día que yo gobierne...,
si es que llego a gobernar...,

procuraré que de la fiesta del Carnaval se suprima todo menos las comparsas; y me fundo al pensar así, en que yo sin comparsas no habría llegado nunca a ser jefe de un partido. — MELQUIADES ALVAREZ.



Me desagrada el Carnaval porque las chicas bonitas encuentran un raro placer en vestirse de hombre, y vistas con pantalones pierden todos sus encantos.

Y a mí las mujeres me gustan sin pantalones, como es natural. — MANUEL ALLENDESALAZAR.



A mí no me molesta el Carnaval. Porque estén ustedes seguros de que si me molestará tanto así, le partiría la cabeza. — EL CABALLERO AUDAZ.



Estas son las respuestas recibidas, aunque, forzoso es decirlo, dudamos de su autenticidad: primero, porque han venido escritas a máquina; y segundo, porque en las de Cambó, Allendesalazar, Romanones y *Chelito* no hemos visto faltas de ortografía, lo cual nos hace pensar en que se ha sorprendido nuestra buena fe.

Pero, en fin, nosotros por auténticas las hemos recibido y como auténticas las damos, y con esto queremos decir que nos humedecemos las manos y que no admitimos reclamaciones de ninguna clase.

Somos cardíacos, y una contrariedad cualquiera podría causarnos la muerte.

ERNESTO POLO.



Los señores ministros, para que no nos asustemos demasiado, han declarado terminantemente que en los presupuestos que están al caer no habrá aumento de gastos de ninguna clase.

Y eso ya es empezar a quitar hierro.

Porque el plan salvador consistía en reducir los gastos y reforzar los ingresos, y por lo visto se prescinde de la primera parte, puesto que no aumentar los gastos no es reducirlos, sino dejarlos como estaban, que no es lo mismo precisamente.

Pero, además, no hagan ustedes caso: en promesa de ministro y lágrimas de mujer no hay que creer. El presupuesto de gastos se aumentará algo, y aun algos. Por lo menos de un pequeño recargo estoy seguro, y ustedes lo estarán también en cuanto se enteren de lo que se trata.

El señor ministro de Industria, Comercio y Trabajo, firme en su propósito de convertir en realidad un Ministerio de fantasía, ha pedido por favor unos cuantos Negociados a sus compañeros de Gabinete y los ha agrupado a sus órdenes.

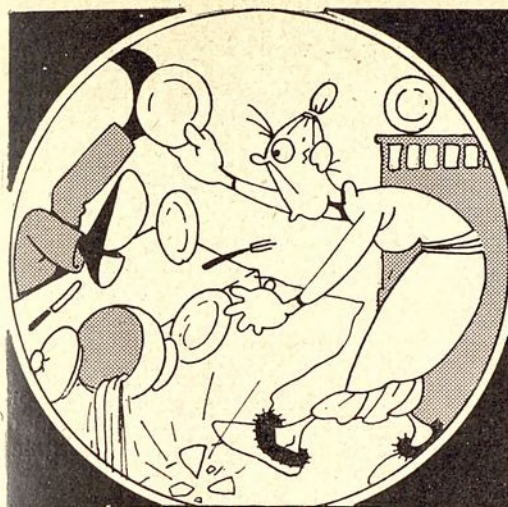
De esa manera ya tiene en su departamento algo que hacer, aunque sea poco, y quedan justificados el cargo y el sueldo.

— Bien — objetarán ustedes —; pero hasta ahora el recargo no se ve por ninguna parte, porque los que cobraban en un sitio cobrarán en otro, y todo seguirá lo mismo.

Eso creerán ustedes. El ministro, que está en todo, está en que la nueva agrupación de Negociados necesita un edificio nuevo para desenvolverse, y ha pensado arrendar el edificio edificado sobre las ruinas del teatro Lírico, que, por lo visto, se ha construido ya con ese objeto, sin que se enteraran los contribuyentes.

Y como es de temer que los propietarios no se lo cedan gratis al Estado..., no habrá más remedio que añadir esa partida en los presupuestos.

¿Se han convencido ustedes?



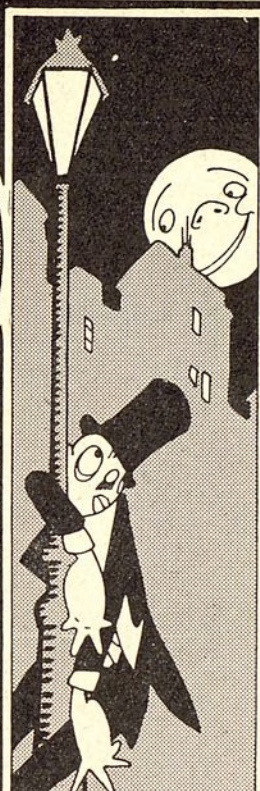
DESTROZONA



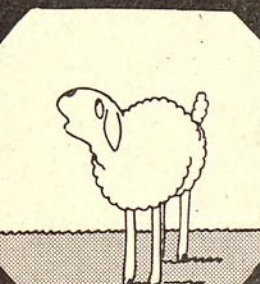
DOMINÓ



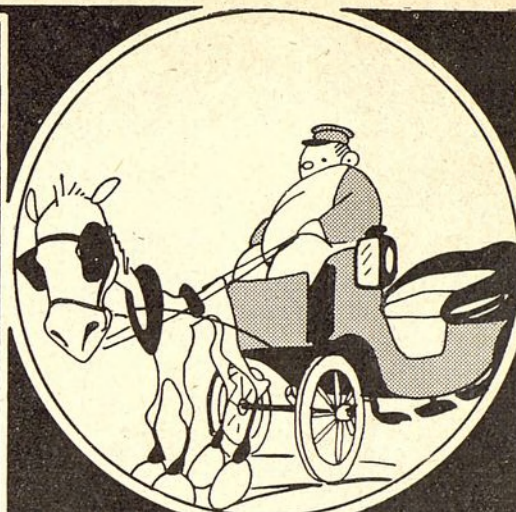
BANDOLERO



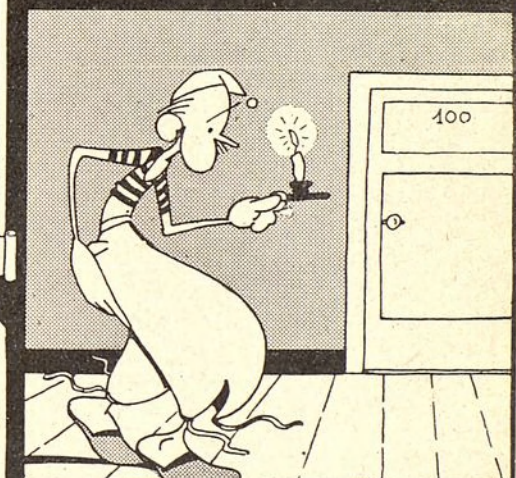
PIERROT



BE BE

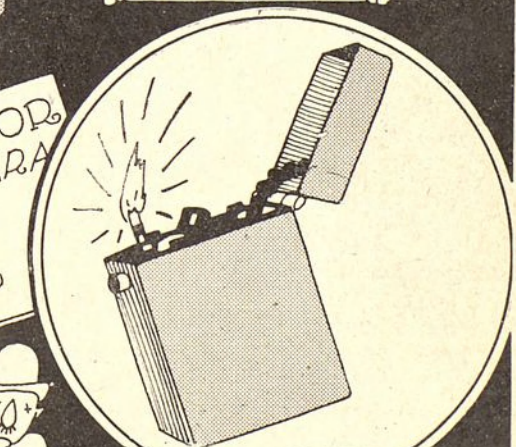


MANOLA (ò Manuela)



ODALISCA

BUEN HUMOR
DISFRACES PARA
1922
Vease el
Muestrario



CHISPERO

LAS COSAS DE LOS TEATROS

¡VIVE LA FRANCE!



llegó Mme. Pierat, *sociétaire* de la Casa de Molière.

En seguida todos nos pusimos más afrancesados que en tiempos de Pepe Botella.

Los pollos «regular» y las pollitas «superior» se dieron cita *au théâtre* de la Princesa, que daba verdadero *plaisir*... a Mme. Pierat.

— ¿Vas tú *ce soir au théâtre*?

— No lo dudes *pas*... ¿Qué *faire*?

— *C'est très élégant*.

— ¡*Elegantissime, brutalissime!*...

Dicen que ella es una actriz *très bestial*...

Allá nos fuimos todos. Daba gusto ver la sala del coliseo: era una

dame Pierat con un traje gris, a un actor grueso con los pantalones demasiado anchos, y a un galán que parecía haber hecho promesa

Así tres actos, en dúos alternos y en francés, para que nadie se enterase. Como película, era demasiada monotonía... ¡Para comedia, no hubo formal...

Acaso una frase suelta llegaba a las lindas orejitas adornadas de brillantes.

— ¿Has entendido?

— Yo, no...

— ¡Parece mentir!... Yo lo comprendo perfectamente. Ella ha dicho ahora ¡*Oui, oui!*..., que quiere decir: «¡Sí, sí!»

— ¿Y qué más dicen?

— De lo otro no me he enterado...

A pesar de todo eso, la compañía ha hecho furor: ha obtenido lo que se dice un exitazo. Además, nos ha dejado una influencia para muchos meses.

Un amigo nuestro, al salir de la representación de la inmortal *Monna Vanna*, de Maeterlinck; después de contemplar, y de no darse cuen-



Gelabert

Dib. CABANES.

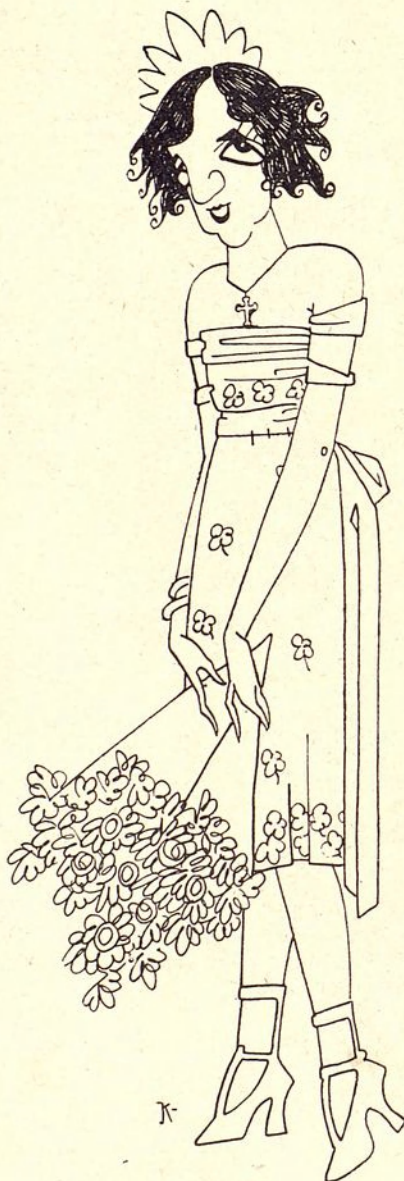
Hortensia Gelabert, primera actriz del teatro Rey Alfonso.

chase *charmante* que quitaba *presque toute la tête*.

Comenzaron con *Aimer*, del señor Gerald.

Los que llevaban la intención de ver las obras como quien ve una película y enterarse por la mímica, se desencantaron un tanto con la primera representación.

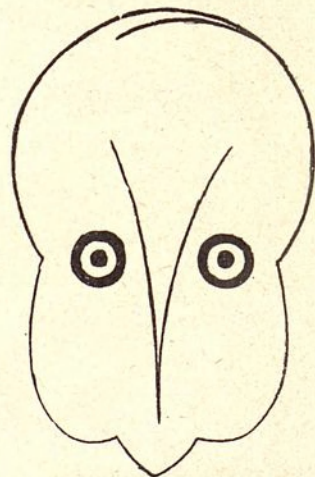
No pudieron ver más que a ma-



Dib. K-HITO.

Emilia Colomo, del teatro Cómico, en ¡Pero que no es eso!...

de no quitarse nunca los guantes... La actriz estaba siempre en escena; se iba el artista del traje gris, y venía el galán; ausentábase éste, y regresaba el primero...



Dib. CABANES.

Emilio Thuillier, primer actor del teatro Rey Alfonso.

ta, del sacrificio de la heroína, como un «Güido» de menor cuantía; tras admirar la indumentaria del Prinzivalle triunfador, y de inquietarse un tanto por la prodigiosa y demasiada inclinación de la torre de Pisa que *pour l'Espagne et le Maroc* se trajeron los artistas en su decorado, saludó a un matrimonio que abandonaba el teatro de la

Princesa con hondas meditaciones, producto de una total incompreensión.

Nuestro amigo no pudo resistir el influjo del ambiente: se aproximó al matrimonio sombrero en mano, gentilmente, como si actuase en el bulevar de los Italianos.

Y dirigiéndose a la señora, al tiempo que le tendía la mano, exclamó:

— *Bon jour, monsieur! Comment vous portez vous?*

Ella respondió, muy amable:

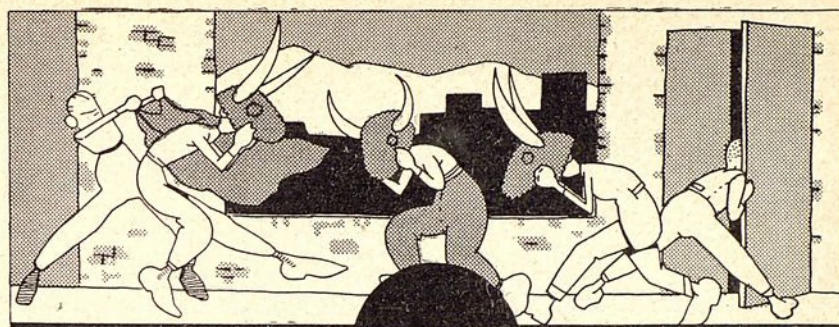
— Bien, *gracies*. Pero póngase el *chapeau*, que se va *vous à cons-tiper...*

Si la temporada llega a durar si-quiera un mes, acabamos todos



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

José María Granada,
autor de Manolito Pamplinas.



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

Una escena del primer acto de Manolito Pamplinas, que se representa en Eslava.

como Don Agapito, el de San Juan de Luz, «parlando el *française* de *carrerille*».

Ahora, que la prudencia nos im-pide señalar a quién correspondió tan lucido papel...

¿BENEFICIO?

Ricardito Calvo celebró su bene-ficio en el teatro Español con el drama de Echegaray *En el seno de la muerte*.

La función se celebró en «el seno de la familia». No fué un alma.

Con lo cual no hemos podido en-terarnos aún en qué consistió el be-neficio.

UNA MALA "FAENA"

Corinto y Oro, el popular revis-ter de toros, estrenó en el Centro un sainete titulado *Los sucesos de Madrid*.

El público se mostró poco con-descendiente y armó *un bastante* de barullo. En términos taurinos, diremos que «achuchaba por los dos lados». El actor Bonafé — para *Corinto* resultó *Malafé* —, al ver que la cosa no estaba clara, dió una estocada chalequera a la comedia y luego varios pinchazos...

Y como no en balde el autor «*chanela* un rato» de tauromaquia, 'al acabar la función sacó el pañuelo verde y mandó retirar el sainete...

Conste, en honor de la verdad, que para el arrastre hubo sus «mu-lillas» y todo.

OTRAS NOVEDADES

Don Ricardo Hernández Bermú-dez y el Sr. Olive han traducido, y estrenado en el Rey Alfonso, una comedia norteamericana titulada *Peg of my heart*.

La obra es «sana, alegre y de un optimismo confortador»; es, además, «delicada, plácida y tierna». Como podrá apreciar el lector, a la come-dia no le falta nada, a juzgar por los adjetivos que copiamos y que hemos leído en algunos periódicos.

Y si seguimos leyendo otros dia-rios, nos encontramos con que *Peg of my heart* es «sentimental, inge-nua, sencilla y graciosa».

Nosotros creemos que con lo di-cho ya se habrá hecho una idea el lector: «sana, alegre, delicada, inge-nua, sentimental», etc., etc.

Nos atreveríamos a aconsejar a los autores, después de reflexionar sobre lo escrito anteriormente, que cambiasen el título de la comedia.

Nada de *Peg of my heart*, ni de *Ri-Ri*, que es como la han bautiza-do Bermúdez y Olive. Una obra así debe llamarse *El tesoro de las fa-milias*, y es imperdonable no po-nerla de texto en las escuelas de señoritas.

JOSÉ L. MAYRAL.

Titirimundillo carnavalesco

— ¡Ole las mujeres con perfiles gre-corromanos! ¿Quiere usted que vayamos juntos a enterrar la sardina?

— ¿Qué sardina? ¡Ay, hijo, usted no entiende de pescados! Lo que tiene que ir a enterrar es la merluza que lleva

usted, que parece talmente que va dis-frazado de La Coruñesa.

✂ ✂ ✂

Gutiérrez, al llegar el Carnaval, se pone muy serio y reniega de esos días. ¿Es que Gutiérrez odia a las máscaras? Es que Gutiérrez es un pollo bien

que blasona de conocer a todo el mun-do y le revienta que le digan: «¡No me conoces!»

✂ ✂ ✂

Dime lo que te diviertes en un baile de máscaras, y te diré lo que te aburres en tu casa.

LA PRIMERA AVENTURA



— ¿Crees que voy bien?... —

— ¡Excelente, chico, excelente! Como que vas a llamar a gritos la atención.

Juan Uceda sonrió complacido del adulator comentario, y se lanzó a la complacida tarea de anudar el lazo de la corbata. Pablillo, el estudiante más desaplicado y simpático entre cuantos simpáticos y desaplicados llenan los claustros de la Universidad madrileña, acabó de sorber su café, y acudió presuroso a enfundar en el frac el cuerpo de su amigo.

— Gracias, Pablillo — agradeció éste —. Tú eres mi Providencia; tú vas a hacer que pase una noche inolvidable, al conocer por mis propios ojos un baile de Carnaval.

Porque Juan Uceda, hijo de unos campesinos de Arévalo, era la inocencia personificada.

Cuatro años llevaba aprobados de la carrera de Derecho, y su vida en aquellas cuatro temporadas madrileñas se había limitado a asistir a las clases con increíble puntualidad y a los teatros en las tardes domingueras, pues las otras las consagraba por entero al estudio detenido de las asignaturas.

Pero al entrar en el quinto año, tropezóse de manos a boca con Pablo Salcedo — Pablillo para todos —, suspenso del curso anterior, y tan mal estudiante como buen pícaro, que intimó en seguida con Uceda, atraído por la bolsa inagotable y pródiga del castellano, y le fué iniciando en el mundo reducido de la juerga y el vicio cortesanos. Cuando supo que Uceda no tenía sino una remota idea de lo que pudiera ser un baile de máscaras, se indignó seriamente.

— Pero... ¿tú llevas cuatro Carnavales en Madrid sin haber ido ni a un baile de la Comedia? ¡Ah, no!...

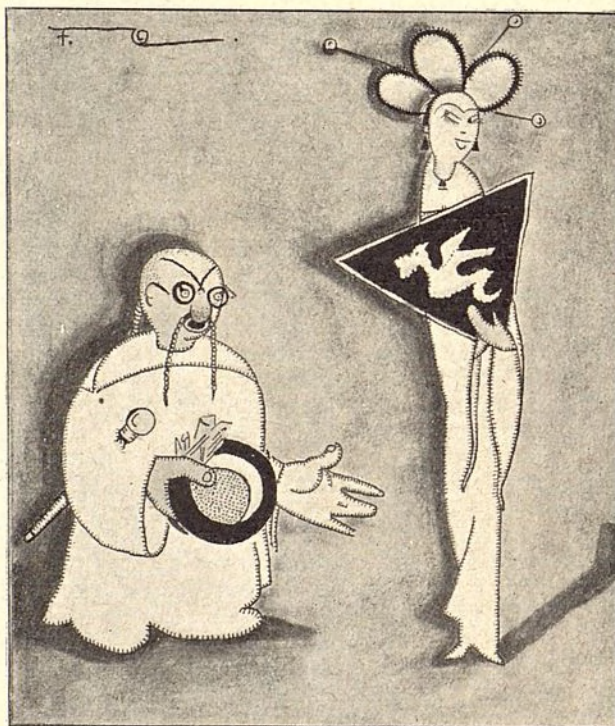
¡Eso no puedo yo tolerarlo! ¡Te prometo que este Carnaval vas a uno!

No intentó resistirse el provinciano; Pablillo le gastó unos cuantos billetes, y la tarde del domingo de Carnaval se presentó ante su vista con un envoltorio que exhibía triunfador.

— ¡El frac, Juanuco!... ¡Ya tienes frac!...

Y melancólicamente añadió:

— ¡Vas a divertirte... y yo quizás no cene esta noche!... Mi patrona no tiene entrañas ni paciencia.



Dib. FEDERICO ANSUÁTEGUI. — Madrid.

ELLA. — ¿Qué te parece el traje, papaito?

EL. — Muy bien..., si hay calefacción.

— Pues ¿qué te ha hecho?

— Despedirme, despedirme impíamente, porque desde mediados del curso anterior no ve una peseta mía. ¡Como si fuese culpa mía y no de la ruleta el que yo no tenga dinero!

— ¡Bah!... No te apures: hoy cenas a mi costa y duermes en mi cama. ¡Cualquiera sabe a qué hora volveré yo!

Pablillo agradeció aquello; cenó con él, le ayudó a vestirse, y mientras Juan se cepillaba el hongo, empezó a acostarse. Uceda tiró una última puñalada al espejo, se volvió a Salcedo, que se estiraba go-

zoso, sintiendo la blanca caricia de las sábanas, y le sonrió:

— ¡Que descanses!...

— ¡Y tú, que te diviertas! — repuso el interpelado, apagando la luz y embozándose por completo.



Desilusionado, aburrido, Juan Uceda fué a sentarse en un rincón del foyer; empezaba el descanso, y las parejas, bulliciosas y retozonas, abandonaban la sala en busca de una mesa del restaurante.

— Cada oveja va con su pareja — pensó —. Solamente yo estoy sin la mía.

Miró el reloj: eran las tres y media dadas. ¿A qué esperar ya? Lentamente se dirigió al guardarropa.

Se vió interrumpido en su camino: una máscara vestida de pierrot se le abalanzó al cuello, y una voz femenina, disfrazada y melosa, murmuró en su oído:

— ¿No me conoces, nene?...

La miró a los ojos, pues el antifaz ocultaba su rostro por entero, y creyó reconocer aquella mirada; instintivamente pensó en Laura, la modistilla ardiente y enamoradiza, que le dejó por un cadete a los ocho días de relaciones.

— No te conozco — respondió —. Pero, seas quien seas, me alegro de encontrar a una mujer bonita que quiera cenar conmigo. Porque tú querrás cenar y serás una mujer muy bonita, ¿no?

Rió la mascarita, y acariciándole la mejilla, contestó:

— Yo no sé si soy guapa, tontín. Tú lo verás... luego.

Se encalabrínó el provinciano, y la cena fué digna de Lúculo; cuando, a los postres, pretendió arrancar aquel pedazo de seda que velaba el rostro de la muchacha, en vano intentó ella resistirse: cayó el antifaz, y surgió ante la vista de Uceda el rostro de... Pablo Salcedo.

— ¿Tú?... ¿Eres tú?... — balbuceó asombrado.

— El mismo. ¿No me dijiste que esta noche cenaba a tu costa? Pues he cumplido tus deseos.

— Nunca pude esperar esto de ti...

— Pero, hombre, si lo he hecho con la mejor intención... Pensé que las mujeres alegres, que casi no te conocen, no habían de buscarte, y no quise que en este tu primer baile no gozases también la primera aventura. ¿Ves cómo soy un buen amigo?

Pero Uceda se había repuesto de

su sorpresa; el campesino rencoroso y engañado resucitó en él y:

— Lo que tú eres es un sinvergüenza — gritó —, que no mereces más que esto...

Una bofetada resonó estruendosa; cuando, al estrépito, el camarero acudió presuroso, Pablillo, que se había colocado de nuevo el an-

tifaz, le dijo con su voz más aflautada:

— No pasa nada. El señor, que llama para pagar... ¿Verdad, rico?

Y acarició otra vez la mejilla de Uceda, ante la sonrisa picaresca del mozo.

SERAFÍN ADAME MARTÍNEZ.



— ¡Nada, chico, que no conozco a tu mujer!... ¿Es que también se ha pintado la cara?
— ¡Ca!... ¡Es que no se ha pintado!

Dib. K-Hito. — Madrid.



Dib. Díez. — Santander.

— ¡Anda, preciosa; otra copita si te quitas la careta y me enseñas la cara!
 — ¡Pero hijo!... ¿Quieres que enseñe algo más todavía?

¡TE CONOZCO!...

La manía de Vicente
 es conocer mucha gente,
 con la idea
 y el deseo decidido
 de que la gente se crea
 que él también es conocido.
 Cuando llega el Carnaval,
 para lograr su ideal,
 se encasqueta
 una cabeza-careta
 de animal,
 y a todo el que ve le espeta,
 porque crean que le trata
 con confianza completa,
 una broma o cuchufleta,
 generalmente con pata.
 Ve a la rubia y elegante
 duquesa de Guardainfante,
 y el muy bolo
 a voz en cuello le grita:
 «¡Te conozco, duquesita,
 desde que eras morenita
 y cantabas en Apolo!»
 Viendo a Andrés Pérez de Tal,
 el dramaturgo genial,
 grita: «¡Te conozco, Andrés!
 ¡El año noventa y tres
 vi yo en el Palais Royal

tu comedia... original
 diez y nueve años después!»
 Encuentra a Paco Sarmiento,
 que está en el Ayuntamiento,
 y le dice a voz en grito:
 «¡Te conozco, Sarmientito,
 desde cuando no tenías
 tantos humos y grandezas,
 desde el tiempo en que no hacías
 porquerías
 en el ramo de limpiezas!»
 Se halla de manos a boca
 con el matador El Soca,
 y a boca de jarro grita:
 «¡Te conozco, eres Soquital!
 ¡Hijo, no hay dicha completa
 con el destino iracundo:
 tú piensas valer un mundo,
 y no pasas de maleta!»

Y ya no conoció más;
 porque fué el torero y ¡zas!,
 sin andarse en discusiones,
 le dió un golpe tan violento
 encima de los riñones...,
 que perdió el conocimiento.

CARLOS LUIS DE CUENCA.

Desde Villapelona de Abajo

«Así como en los Madriles
 no hay la bulla soberana
 de mis años juveniles
 en la alegre Castellana,
 hoy, en cambio, por quien soy
 te aseguro muy formal
 que hasta el pueblo donde estoy
 ha llegado el Carnaval.

Todo el año estoy de fiesta
 y ando siempre en diversiones;
 pero el Carnaval me apesta
 con sus locas expansiones,
 y me vine presuroso,
 aunque están mal los caminos,
 a este pueblo silencioso
 (donde apenas hay vecinos)
 en un tren de los del Norte
 a pasar tres días bien,
 alejado de la corte
 mientras dura allí el belén.

Mas, aunque no es de importancia
 este pueblo, en él hay grescas
 y relativa abundancia
 de cosas carnavalescas.

Verdad es que aquí circulan
 carretas, y no carrozas;
 pero los ciegos postulan,
 y hablan a gritos las mozas;
 y, según veo en las tiendas
 del carnicero Gaspar,
 no dejan de ser *tolendas*
 las *carnes* de este lugar.

Aquí no hay máscaras sosas;
 pero he venido aquí en vano,
 porque hay aquí muchas cosas
 del Carnaval cortesano.

Para *demonio*, el tío Casca-
belín; para *dominó*,
 el que se juega en la tasca
 donde suelo beber yo;
 para *llorón*, Sinforoso,
 el juez; para *destrozona*,
 la alcaldesa; para oso,
 el novio de la Ramona;
 para *baile*, el de San Vito,
 que padece don Hilario;
 para *broma*, lo que ha escrito
 la maestra al boticario;
 para larga *serpentina*,
 la imponente solitaria
 que ha expulsado una sobrina
 de Asunción, la secretaria;
 para *chula*, doña Bruna,
 la del cura de San Gil;
 sí, lector; y para *tuna*,
 la mujer del alguacil.

¡Ahora, dime cómo voy
 a olvidarlo, ¡voto a tall!,
 si hasta el pueblo en donde estoy
 también llega el Carnavall!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DESTROZONAS



NADA más humorístico que la destrozona. Son verdaderos trasgos y espectros del Carnaval; son los risueños duendecillos en que se ríe la calle y lo que de más bajo hay en el subsuelo: el alma de las porterías.

La destrozona es la gran arbitrariedad del Carnaval, su risa desbocada, su aborto. Frente al lujo y la pretensión de las lujosas máscaras que pasan, orgullosas de vanidad más que de humorismo, las destrozonas oponen la verdad del Carnaval, su disparate, su esperpentismo.

Yo diría que las destrozonas son las únicas máscaras que alegran el Carnaval; son los espíritus risueños, grotescos y enloquecidos que, como llamas de alcohol, vivas y encendidas, alumbran la fiesta. Generalmente,

las destrozonas son hijos de las porterías, que se emborrachan de alegría en la luz del día, que bullen al sol con la hilaridad de ese polvillo que despiertan y sacuden las escobas y los zorros, que son algo así como si la deplorable Humanidad hubiese perdido la cabeza.

La destrozona es una caricatura de la borracha: es la borracha vestida de borracha, decorada para el mayor éxito de su borrachera.

Todos los pingos ocultos, todos los viejos trapajos — tan llenos de humor — se dedican a la jovial algazara del sacudimiento, en medio de la calle y de la luz. Es el gran día para las faldas viejas y corambrosas, y para las pobres colchas que viven en cuartos sin ventilación y

sin luz, poseyendo una alegría que es lo único que consuela las pobres enfermedades y los desgraciados sueños de los que tienen que arrojarse seriamente en ellas, después de un terrible día de trabajo.

¿Cómo no ven las madres de las destrozonas que sus hijos las ridiculizan, las ponen en solfa, tienen el gusto de imitar *su estilo*? Como su padre no tiene verdadero carácter, imitan a la madre y la ponen el cetro de la escoba y el *pay-pay* del soplillo.

— ¡Cómo se parece a mí este hijo tan saleroso que Dios me ha dado! — dice crédula y alegre la madre al verle disfrazado con sus ropas y con la careta, que añaja la mujer pequeñita y destrozada que resulta de la composición.

El que pasa por las calles de Madrid los días de Carnaval, lo que más tiene que admirar son las destrozonas, verdaderos diseños «goyescos», verdaderas

encarnaciones del pueblo, magníficas aguafurtes. Si yo fuese un pintor, buscaría con empeño durante las tardes del Carnaval las mejores destrozonas, y, pagándolas lo que fuese necesario por estropearlas la fiesta, las subiría a mi estudio, y las pintaría con afán, con fiebre, con un verdadero delirio de mis pinceles, como pintó Goya en la noche a los fusilados de la Moncloa.

La destrozona es un producto nacional del que no se acaba de tener idea. Yo, si salgo los días de Carnaval, es por ver destrozonas, y, sobre todo, al atardecer, destacándose en lo alto de las calles en cuesta sobre el fondo luminoso del cielo, que se enrasa con la cuesta. No he visto nada más humano y que desentrañase más los bajos fondos de la vida y el alimañismo humano, que las destrozonas vestidas de sociedad, enjaezadas para el baile de los sótanos. ¡Cómo vive la comadrería en ellos! ¡Con qué exaltada vida! ¡Como en un poema o en una fábula de luces violentas!...

A la destrozona, a la mejor destrozona, yo la daría un premio: el mejor premio de Carnaval, en vez de premiar siempre a esa máscara cursi y pretenciosa, aburrida, rígida y engolada, a la que se premia siempre.

Hay que instituir ese premio justo y leal, y elegir un verdadero jurado de artistas, para que lo dictamine. Hay que fomentar la destrozona, producto nacional, que es el último «capricho» de Goya, que vive en plena vida con gran espontaneidad.

Ni hay nada de tan gran variedad en las calles de Madrid, ni que llegue en lo monstruoso a tan arbitrarias suposiciones, como esa de las mujeres con sombrero de señora, un pañuelo negro en vez de peluca, para tapar su pelada cabeza de hombre, una colcha, y, por fin, una careta con rizados y acaracolados bigotes de hortera juvenil.

Yo admiro esas máscaras, que son como indígenas del Japón más salvaje e intrincado; admiro sus salidas de teatro, estilo colcha castiza, y si yo me vistiese de máscara, no me vestiría de pierrot tonto, ni de estúpido clown de raso, ni de idiota bebé: me vestiría de

destrozona, tomando para mi disfraz lo primero que pillase: un traje de baño, o la colcha amapolada de la cocinera.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Dibujos del escritor.



EL MANTÓN DE CHINOS

(Cuento de Carnaval.)



VERDADERAMENTE, para observar detalles curiosos y personas interesantes, pocos lugares son tan propicios como las tiendas de compra y venta.

César González era propietario de una, en la calle de Hita.

Una tarde de Carnaval se abrió la puerta de la calle, y apareció un hombre con un envoltorio debajo del brazo.

— ¿Comprarán ustedes un mantón de Manila?

— ¡Psche!... Quizás — contestó César González.

— A ver si le conviene éste...

Deshizo el lio sobre el mostrador. Desde la puerta espiaba la escena una mujer envuelta en un gabán.

— Sí... No está mal. ¿Qué quiere usted por esto?

En verdad, el mantón de Manila era magnífico. Bordado en rojo y en verde sobre seda amarilla, y sembrado de cabezas de chinos de marfil policromado.

El hombre se quedó perplejo unos instantes.

— ¿Cuánto da usted?

— Pida usted...

— Pues... seiscientas pesetas.

César guardó silencio un momento y dijo:

— No puedo dar más de quinientas.

— ¿Quinientas?

El hombre miró a la puerta y dijo:

— No, no. Me lo llevo.

Y empezó a envolverlo de mala manera. Cuando estuvo envuelto el mantón, preguntó el vendedor:

— ¿Da usted quinientas setenta y cinco?

— No, no puedo.

El hombre cogió el paquete y se dirigió a la puerta. Pero antes de empujarla se volvió:

— ¿Quinientas cincuenta?

— No. Sólo puedo dar quinientas — dijo César González.

— ¡Vaya! A ver si nos arreglamos. ¿Da usted quinientas veinticinco?

Ahora era la ocasión.

— Bueno; las doy.

— Vengan.

Rebuscó César en el armario, y volvió con los billetes.

— ¡Vaya, adiós!

— ¡Adiós!

El vendedor salió y se cogió del brazo de la mujer, empujándola calle



LAS MUJERES DE «BUEN HUMOR» LOS D

1842. — Antes los disfraces eran un motivo para enseñar todo lo que estaba oculto durante el año.

abajo. César, desenvolvió el paquete y contempló largamente su contenido.

Era un mantón maravilloso. Con la proximidad de la luz adquirían las sedas mil gamas distintas, en que se destacaban las cabecitas de marfil de un verdadero enjambre de chinos. Tasándolo muy por bajo, podría valer seis mil pesetas. En el precio por que acababa de adquirirlo, era un soberbio regalo de Carnaval.

Con el mantón en brazos, arrastrando sus flecos dorados, interminables, fué comparándolo con los demás mantones que había en la tienda para alquilar. La comparación resultó abrumadora para los mantones de alquiler. De pronto se quedó perplejo, fija la mirada en un cartel que, como complemento y explicación de los disfraces, pendía en el testero que aquellos ocupaban: «Gran baile de máscaras.»

1922. enseñar s

El lunes, teatro de la Sociedad concurso premio de que, a juicio merezca. L pesetas. L da ni gua César, mió el ma



Dib. ZAMORA. — Madrid.

LOS DISFRACES INDISCRETOS

1922. — Ahora son un pretexto para ocultar todo lo que la moda autoriza a enseñar siempre.

El lunes, a las diez de la noche, en el teatro de la Zarzuela, organizado por la Sociedad del Recreo Mercantil, *gran concurso de mantones de Manila*, con premio de *un billete de mil pesetas* al que, a juicio de un experto Jurado, lo merezca. Entrada de caballero, cinco pesetas. Las señoras no pagan entrada ni guardarropa.»

César, mientras leía el cartel, opri-
mió el mantón contra su pecho. Cuan-

do hubo dado fin a la lectura, sintió nacer en su cerebro una idea genial.

¡Mil pesetas! El soberbio mantón resultaba regalado, beneficioso y con honor. Corrió a la trastienda. Su hermana dormía, echada sobre la camilla, con la cabeza descansando en las páginas abiertas de *María, o la hija de un jornalero*.

Intentó convencer a su hermana a que fuese aquella noche al baile ata-

viada con el mantón, para ganar el premio; pero ni las palabras de su hermano ni la vista del magnífico mantón sedujeron a la muchacha. Y entonces concibió el proyecto de ir él al baile, vestido de mujer, luciendo el mantón.

Pensado y hecho. Unos zapatos de charol cuarteados, pero llamativos y brillantes; un traje sevillano, con lunares rojos, de cola y volantes; unas medias blancas de algodón; unos pendientes de corál y una peluca llena de peinecillos de colores completaron el tocado, amén del antifaz de terciopelo.

Su primera vacilación fué a la puerta del teatro, sobre si debía o no tomar entrada de caballero. Esto podría delatarle. Pero, por otra parte, no conocía a nadie con quien pudiese entrar...

Hasta que, al ver a un estudiante muy joven que venía de la taquilla, se dirigió a él y, colgándose de su brazo, le dijo en voz de falsete:

— Rico, ¿quieres que entre contigo?

El pobre chico le miró de pies a cabeza. Por fin, contestó muy por lo bajo:

— Sí, señora...

Entraron. Ya se iba a separar César de su compañero, cuando éste le sujetó por un brazo para decirle:

— ¿No quiere usted bailar conmigo ni una vez?

— Sí, hijo, sí — contestó César —. Bailaré el primero contigo.

Y tomando el compás desde la puerta, entraron cogidos del talle, marcándose un *fox-trot* ruidoso.

Ya en toda la noche no le faltó a César quien le sacase a bailar ni quien le convidara a entrar en el ambigü.

Poco después de dar las dos, un sujeto, portador en el ojal de la enseña de miembro de la Junta organizadora del baile, le invitó a bailar y a cenar, añadiéndole que más tarde le acompañaría al Jurado para hacer opción al premio, que consideraba indiscutible. César estaba encantado por la exquisita finura de aquel joven tan elegante.

El mantón causaba a su paso gran sensación. Era el premio seguro. Así lo afirmó un amigo del miembro de la Junta, a quien éste obsequió con una copa. Además, contó historias de gentes conocidas, que divertían a César.

— Por ahí anda la *Tuliqui*, que está ahora con Paco Rovira, y que lleva unos pendientes de brillantes que, según dicen, son obsequio del marqués. A mí me parece que se la quita... Por ahí está también, y dándose a los demonios, don Salvador Salcedo, a quien anteayer se le fugó su esposa

con otro, llevándose prendas y objetos de valor.

César estaba encantado, y lamentó que aquel hombre tan divertido se quedase dormido en la silla, de resultas de la borrachera.

Entonces el miembro de la Junta de la Sociedad se levantó, pagó, y después se fué con César, que cada vez se felicitaba más por la idea magna de ir al baile. Los hombres le miraban con asombro y codicia. Uno de ellos no pudo resistir a la tentación de tirarle un pellizco, y

otro, por último, se le acercó, y agarrando con los dedos crispados un lado del mantón, con ojos centellantes, y en la otra mano un bastón, gritó estentóreamente:

— ¡Julia! ¡Mujer infame! ¡Pérfida! ¡Perjura! ¿Qué has hecho de mi honor?

Y antes de que César pudiese manifestar al iracundo caballero que él no poseía su honor ni lo había extraviado; antes, también, de que el miembro de la Junta tuviese tiempo de sujetar el brazo, gritando:

«¡Don Salvador!... ¿Qué hace usted?...», el caballero, lívido, iracundo, descargó sobre la cabeza de César González todo el peso de un garrote nudoso con barra de hierro.

El copropietario de la tienda de compra y venta de la calle de Hita no vió ni oyó más.

Cuando volvió a la vida, yacía boca abajo sobre un banco de la Comisaría del distrito, sin careta, sin el mantón y con la cabeza vendada...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



FANTASÍA DE CARNAVAL

Dib. BUJADOS. — Madrid.

Susana y los ocho viejos, o la belleza indiferente.

Las fiestas del Carnaval al hombre más principal...

Su excelencia no pudo pasar aquel Carnaval en el campo, como había por añeja costumbre siempre que el almanaque señalaba dos fiestas seguidas, por lo menos. Los acontecimientos políticos y los conflictos sociales traían al Gobierno casi en Consejo permanente. Además, como si esto fuera poco, se estaban cociendo unas elecciones con las que el partido ministerial pensaba echar puntales a su ruinoso edificio.

A las cuatro había Consejo en la Presidencia. El presidente había recomendado la puntualidad más exacta, pues que a las cinco y media tenía sesión en la Academia de Ciencias, para recibir a un nuevo individuo; una hora después había un té en el Palace, y a las ocho y media se marchaba Belmonte en el expreso de Sevilla, y no quería faltar a estrecharle la mano.

Don Fulano (respétemos el nombre propio del señor ministro) comió sin prisas, de sobremesa encendió un magnífico veguero, y tomando *La Coquito*, de Joaquín Belda, se arrellanó en una butaca y se dispuso a hacer tiempo.

El día era espléndido, enteramente primaveral. De la calle venía hasta el comedor de su excelencia el bullicio de las máscaras.

De pronto fué interrumpido en su delicioso pasatiempo. Avisaban por teléfono que el automóvil había chocado con una de las carrozas que acudían al concurso del Ayuntamiento, y habiéndosele hecho un *churro* toda la parte delantera del vehículo ministerial, no podía acudir a recoger al señor

Harto le contrarió el percance, no por el daño causado al carruaje, pues como era oficial no reper-

cutía en su bolsillo, sino porque se echaba la hora encima.

Iría a pie: después de todo, el día convidaba a pasear, y la distancia era corta.

Pidió el sombrero y el abrigo, y se lanzó heroicamente a la calle.

Los asuntos que habían de tratarse en el Consejo y los desenfadados párrafos de *La Coquito* armaban en el cerebro casi desalquilado del prócer una zambra tan incongruente como la bulla callejera.

A cada paso era detenido por máscaras que, reconociéndole, abusaban de la inmunidad de la careta para recordarle sus fiascos y sus polacadas. El pobre señor, fingiendo con risita de conejo que admitía la broma por hacer honor a la tradición, que ordena que todo pase

en Carnestolendas, seguía su paso, dando al demonio el accidente del automóvil.

Cuando llegó a la Cibeles e intentó embocar por el paseo de Recoletos, hallóse con que la aglomeración de gente no le permitía pasar por los jardinillos.

Aunque los relojes del Banco y de Correos estaban en pugna, pues el uno marcaba las tres y media y el otro las cuatro y cuarto, advirtió con horror que el Consejo estaba a punto de comenzar.

Para ahorrar tiempo, quiso entrar por el paseo de coches; pero no contó con la *huéspedea*, y la *huéspedea* fué un subordinado de Millán de Priego, que le advirtió que por allí no se podía pasar sin careta. ¡A grandes males, grandes remedios! Compró una careta de sindicalista, y pasó. No había andado media docena de pasos, cuando se sintió asido amablemente. Volvió la encubierta faz, y topóse con la más gentil máscara que pudiera soñar un viejo abonado a los tradicionales y acreditados bailes de Capellanes.

Permíteme que me agarre a ti — le dijo —, porque hay un pelmazo que me sigue.

La suavísima voz de la enmascarada y la subyugante dureza de un abultado seno que se puso en contacto con el brazo de su excelencia, hiciéronle detenerse en el prólogo de una enérgica despachadera.

Siguieron andando, cruzaron ante la Presidencia, y... ¡para qué seguir nosotros tras ellos, si no habríamos de hacer buen papel! Digamos de una vez y sin rodeos que su excelencia y la gentil incógnita perdiéronse entre las máscaras, aunque hay quien cree haberlos encontrado provisionalmente en un palco de la Zarzuela...



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— Aquella mujer lleva un disfraz rarísimo.
— ¡Ya lo creo! ¡Como que no se le ve nada!...

DIEGO SAN JOSÉ.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Mira, chico, déjate de ambigüedades y llévanos al ambigü!

S. M. CARNAVAL



OMO, con una cabriola extravagante, se ha plantado ante nosotros. El alegre y bullicioso repique de los cascabeles con que va ornada su vestimenta de gayos colores nos hace salir de la nostalgia de todo un año, para no pensar más que en la juerga y el bullicio de unos días. ¡Ha llegado Carnaval!

Bien venido sea. Durante su reinado olvidaremos las plagas que nos atormentan, ocultando con máscara de ilusiones la realidad, la triste realidad, que nos amarga la existencia. No bastará a quitarnos tal deseo la memoria de nuestras desdichas, con ser tantas.

¿Qué importa que, por obra y gracia de unos gobernantes como los que padecemos, haya que arrastrar una vida imposible?

Aguantemos pacientemente que el misero fruto de nuestro trabajo vaya a engrosar la bolsa del case-ro, a cambio de hacernos la merced de dejar que habitemos una inmundicia pocilga.

Fuera, espectro pavoroso de comerciantes que esquilman nuestro bolsillo, a cambio de envenenarnos!

¡Al cuerno la visión de Empresas tan poderosas como desaprensivas, que si unas nos ponen el tranvía por las nubes, compensándolo con un pésimo servicio, otras nos dejan entrever la existencia de algo que sirve para alumbrarse!

Olvidemos todo esto. Si no, ¿cómo nos ha de quedar humor para disfrazarnos?

En confuso tropel correrán entremezclados por la Castellana personajes de todas condiciones, en los que nuestra fantasía creará conocer a este o al otro, ya que a ello nos da derecho la máscara con que se encubre.

¿Por qué no hemos de imaginar en aquella pareja formada por el húngaro obeso y embadurnado, a cuyas órdenes baila grotescamente el oso de esteras y felpudos, a Cierva y Maura, pongo por caso?

¡A disfrazarse, a disfrazarse todo el mundo!

— Mira, Baldomerita — decía don Respingo a su consorte —, busca aquel vestido que te regalé cuando me ascendieron a oficial de tercera clase y dámelo.

— ¿Para qué le quieres?

— Obedece, y no te metas en averiguaciones.

— ¡No te le doy, ea! Sin duda le quieres para empeñarle.

— ¿Es que quieres que yo quede mal con los compañeros de negociado? He prometido salir con ellos disfrazado, y no tengo más remedio. ¡Dámelo!

— ¡He dicho que no!

— Mira que desobedecerme a mí es hacer oposiciones a chata y sacar plaza.

Baldomerita, que disfruta de un genio comparable al de su esposo, pone el grito en el cielo ante la perspectiva de ver convertido en unos zorros el único vestido decente que constituye su guardarropa. Su marido, furioso, hace lo propio, y al poco rato, voces, insultos e improperios acompañados de una regular distribución mutua de bofetadas y arañazos. Pero, al fin, don Respingo acaba haciendo su santa voluntad, y, lleno de arañazos y con un ojo a la moda, se marcha a hacer el ganso con sus amigos, luciendo el vestido origen del conflicto.

— ¡Bestial, colosal, monumental! — exclama Romualdo Michigáñez, pollo del gremio de la mercería, viendo entusiasmado a unas mas-caritas del bello sexo con la cara tapada.

— ¡No me conoces, no me conoces!...

— ¡Anda, vente con nosotras!

— ¡Sí, sí, vente!

— Vamos, y ¡viva la juerga!

¡A la limón, a la limón,
que se ha roto la fuente!...
¡A la limón, a la limón!...

Todos juntos se marchan del brazo, cantando y riendo, entre el bullicio y el jaleo. Se ven infinidad de carrozas; las máscaras bailan, vociferan, hacen el indio de una manera primorosa, se divierten. Por el aire vuelan flores, serpentinas, caramelos, y un pobre pierrot come *confetti* por boca, ojos y narices, motivando risas de otras máscaras. Y mientras tanto, Romualdito y sus recientes amigas suben en un coche, y en él van toda la tarde. ¡El pollo se siente rumboso! Les compra de todo, gastándose un dineral. Pero ¿qué menos merecen unas muchachitas tan lindas? Todo será que deje de pagar un mes a la patrona.

— Bueno, niñas — les dice ya bien entrada la noche, cuando van roncacos de tanto gritar —; ahora me vais a hacer un favor, ¿eh?

— ¡Ya lo creo!

— ¡No faltaba más!

— Bueno; pues quitaos los antifaces, que quiero admirar vuestros bellos rostros.

— No, eso no, que somos muy feas: por eso es por lo que llevamos la careta con barba.

— ¡Qué vais a ser feas!...

¡Andad, obedecedme!

— Si te empeñas, nos le quitaremos para que no te enfades. ¡Ea, ya está!

Y todas se le quitan a la vez.

— ¡Mi madre, si son unos tíos con toda la barba!...

En efecto: eran los tenderos de una tienda cercana a la de Romualdo, que, disfrazados de mujeres, habían querido gastar una broma a su infeliz colega y amigo.

ENRIQUE ESTEBAN
DE VERA.

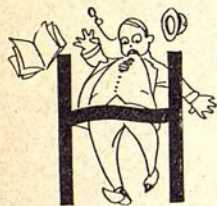


Dib. CASTILLO. — Madrid.

— ¡Quién dirá que es ésa mi mujer!... Tan pacífica como está todo el año, y en cuanto llega el Carnaval se la llevan los demonios.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

ESTAMPAS DE CARNAVAL



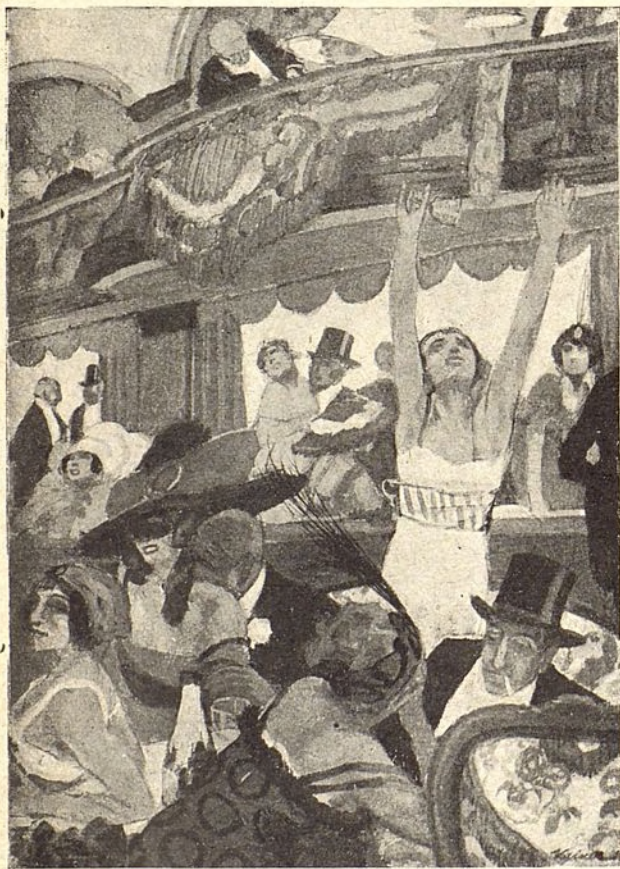
Es aquí tres humoristas alemanes reunidos de un modo accidental por la coincidencia temática, aparte de las otras coincidencias estéticas y raciales, que les ponen en contacto permanente dentro de una misma época y de los mismos medios de publicidad.

Estos tres humoristas serían discutidos aquí como tales, si, en vez de llamarse Kainer, Heilemann y Echnactenberg, firmaran con apellidos españoles sus dibujos no deformativos ni grotescos, no flecados de un chiste de retruécano, aunque ocuparan, como ocupan en Alemania, una de las diversas cúspides de la cordillera humorística.

Sus tendencias respectivas, sus técnicas diferentes, esa perfección aguda del dibujo y de la composición, además de la cualidad observadora que acusan los tres, hacen pensar inevitablemente en tres grandes humoristas españoles, que, lejos de ser inferiores a

Kainer, Heilemann y Echnactenberg, les superan en espiritualidad, en esa distinción sutil, espontánea, que sólo poseen los latinos: Ribas, Penagos, Bartolozzi.

En el grupo de los alemanes, Echnactenberg, por ejemplo, es el más fino, el más alejado de la crasitud germánica. Podríamos llamarle el Bartolozzi muniqués, porque no siempre hemos de buscar libreas ajenas



SOLEDAD

Dib. KAINER.

— ¡Eh, que necesito un hombre!



LA CUARTA BOTELLA

Dib. HEILEMANN.

para nuestros dibujantes. Los otros dos, Heilemann y Kainer, tan formidables dibujantes como Penagos y Ribas, como su compatriota y coetáneo Eduardo Thöny, se resienten, levemente quizás, de un modo casi imperceptible, pero se resienten al fin, de aquella crasitud que el alemán no puede evitar nunca.

Estas mujeres de alquiler más o menos caro, estos individuos de frac que se divierten o se aburren con ellas, estos chulos que luego se llevan la hembra ebria y encalienturada por los señoritos, son en el fondo los mismos en París, que en Berlín, que en Madrid. Ponedles a esas tusiones berlinesas el uniformal mantón de Manila de nuestras golfas, y creeríamos que Kainer había visto nuestros bailes de la Zarzuela o de la Comedia. Quitadles a esos juerguistas un poco borrachos ese aire de militar vestido de paisano que tienen siempre los alemanes, y podríamos creer que son los Paquito Fulánez, los Manolito Mengánez, los Pepe Zutá-

nez del «Escritores y Artistas», del «Bellas Artes», preteritos e inolvidables, o de los *cabarets* actuales.

Claro que la mujer española es más encantadora y el galán madrileño menos rígido. Pero en el fondo, unas y otros terminan la madrugada de la misma manera...



Estos dibujos de Kainer, Heilemann y Echnactenberg resumen lo que es un baile de máscaras moderno en todo el mundo. Esa cosa soez, estúpida y aburrida.



BALADA

Dib. ECHNACTENBERG.

¡Oh, esto sobre todo! Escenas del salón, escena del restorán, escena de la calle.

La última, la más cruel, la más certeramente satírica, dotada de un simbolismo acre y desconsolador, que comprenderán los ellos y las ellas que se levantan a las dos de la tarde, después de la noche en blanco y en tonto, y se acercan al espejo bostezando, sujetándose los riñones o la nuca doloridos, para mirarse las ojeras y la lengua sucia de licores y de obscenidades.

Kainer, más realista, se limita a reproducir momentos locos de la saturnalia en el local cerrado y en las plateas, que huelen a carne de mujer demasiado perfumada y demasiado sobada.

En Kainer, además del vigor del trazo, de la línea segura y expresiva, además de la composición hábil, que ostenta un movimiento y una vida extraordinarios, tiene el mérito de ser un colorista admirable. Las

dos estampas *Galantería* y *Soledad* tienen de la técnica del cartel y de la ilustración la brillantez de tonos, la alegría de las tintas planas, la audacia segura del color en toda su pureza. Pero también la delicadeza de las veladuras, la armonía cromática de verdaderos cuadros.

Un pintor de los que llaman serios quienes no tienen un concepto exacto de la adjetivación, podría alcanzar esa valentía colorista de Kainer; pero no llegaría a aplicarla dentro de esa viviente exactitud de los tipos y del ambiente.

Ese hombre que se inclina para besar los pies de la mujer sentada sobre la barandilla de la platea, mientras la mujer cosquillea con una varita los senos vacuos de una compañera de oficio; esa individua que se ha quedado sola y en enagua pantalón, y que pide a gritos un hombre, mientras las demás soportan los besos, los sobajeos o las palabras salaces de sus acompañantes, fijan exactamente la significación del baile de máscaras: el macho envilecido a los pies de la hembra; la hembra que se ofrece por dinero o por vicio.



Heilemann presente en su dibujo, hecho antes de la guerra, la derivación de los holgorios nocturnos, el



GALANTERÍA

Dib. KAINER.

— ¡A los pies de usted!

tránsito del baile carnavalesco a los *dancings* y los *cabarets* modernos. La mesa donde beben champán dos alquilonas y dos «niños bien», lo mismo puede ser de un café, con tanguistas y sala de juego, que de un ambigü teatral. Tal vez no es ni eso siquiera, sino el anuncio de una marca de champán, que se lee demasiado claro en las etiquetas, y engañoso como todos los anuncios.

Esto lo saben muy bien las muchachitas y las veteranas a sueldo de los empresarios de garito con «comidas danzantes». Rara vez se ven sobre una mesa tantas botellas.



Echnactenberg es el más literario de los tres, cualidad que también suele reprocharse en España a ciertos dibujantes españoles.

El humorista alemán titula a su dibujo, ironicamente, *Balada*.

Una profunda melancolía surte de este símbolo accedido del Carnaval. La reproducción monócroma no da idea sino en lo puramente formal de lo que es la obra de Echnactenberg: del fondo azul de la noche puntea-

do de estrellas, del amarillo vibrante del abrigo de la mujer, de la deliciosa armonía de cadmios y carmines de la bufanda del chulo, los guantes y el forro del sombrero de ella; la sutilísima delicadeza de los blanquecinos grises del pierrot muerto sobre el suelo azul...

Y esta enorme belleza cromática está puesta al servicio de profunda, de buida penetración psicológica.

En la madrugada siniestra de febrero, por un barrio desierto, una cocota y su «capricho» arrastran el cuerpo muerto de Pierrot, de un pierrot cuyo grotesco sombrero de copa expresa el burgués, el señorito explotado, escarnecido.

Tal vez no sea esto. Quizás no sea sino el asesinato de la romántica, de la idealista figura de Pierrot, por una Colombina de *cabaret* y un Arlequín de suburbio, que luego se complacen en arrastrar su víctima por el lodo.

Exactamente igual que en Madrid las tardes de Carnaval, cuando los prostíbulos se vacían y los barrios bajos se despueblan para verter en la Castellana sus gentes roncadas, que huelen a alcohol, a mugre y a hospital...

JOSÉ FRANCES.



DISFRACES ECONÓMICOS

Dib. K-Mus. — Castro Urdiales.

CAÑO LIBRE



PRIMERA parte:

En España no se construyen locomotoras.

Y si se construyen, no lo sabe nadie.

Y si se construyen y lo sabe alguien, el caso es que por ninguna vía férrea de primer orden ruedan locomotoras construidas en España.

Segunda parte:

Una de las causas principales, si no la principal, del desbarajuste de los transportes por ferrocarril, que tan graves trastornos produce, consiste en la escasez de locomotoras, que no puede remediarse con facilidad porque hay que traerlas de Alemania o de los Estados Unidos.

Tercera parte:

Según los Aranceles recién salidos del horno, cada locomotora que pase por la Aduana pagará a razón de dos pesetas kilo por la primera tarifa y de una peseta por la segunda.

Como una locomotora decente pesa una barbaridad de kilos, asusta la cantidad de dinero que se necesita para traer una máquina que sirva para algo.

Corolario, como dijo el otro:

Si esto no es ayudar a resolver el problema de los transportes, que venga Dios a verlo.



Pero, bien mirado, no hay que asustarse.

El Estado auxilia en su precaria situación a las Compañías de ferrocarriles, mientras busca una fórmula para autorizarlas a duplicar las tarifas, comprando para ellas locomotoras y vagones y trayéndolos de donde puede.

De modo que es el Estado el que paga los derechos de Aduanas; y como el mismo Estado es quien los cobra, lo que con una mano da, con otra lo recibe..., salvo las migajas que se pierdan en el camino.

Consideremos, pues, a las locomotoras libres de derechos, pesen lo que pesen, y hagámonos la cuenta de que en el Arancel no hay tal partida..., hasta que se encuentre la susodicha fórmula.

Y entonces, si Dios quiere, las pagaremos todas juntas.

El condado de Yeves, de que ustedes no tenían la menor noticia, corría el riesgo de perderse en el vacío si el que tenía derecho a usarlo no lo reclamaba oportunamente.

Y hubiera sido una verdadera lástima, porque ¿qué sería de nosotros si el condado de Yeves se perdía?

Por fortuna, la *Gaceta* ha venido a tranquilizarnos, participándonos que el título tiene ya propietario, por haberlo éste solicitado en tiempo oportuno y en debida forma.

Y ¿a que no saben ustedes quién es el afortunado mortal?

¡Don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones, a quien sólo faltaba ese condado más para ser dichoso!

Como todo lo nuevo place, no me chocará que los periódicos empiecen a dar noticias por este estilo:

«Quien tiene más probabilidades de recoger el Poder de manos de Maura es el señor conde de Yeves.»

«El conde de Yeves pasará el domingo en Guadalajara.»

«Se espera con interés el discurso que en un banquete organizado por sus correligionarios ha de pronunciar el conde de Yeves.»

Y la gente andará despistada, hasta caer en la cuenta de que el conde de Yeves es D. Alvaro.

Ya no hace mucho tiempo nos pasó algo parecido con el duque de Rubí:

«El señor duque de Rubí pide la palabra.»

«El señor duque de Rubí ha declarado que no está de acuerdo con el ministro de la Guerra.»

«La actitud del duque de Rubí traerá graves complicaciones al Gobierno...»

Y el duque de Rubí nos tuvo una temporada con el alma en un hilo...

¡Hasta que nos enteramos de que era Weyler!

En el teatro Cómico se han estrenado recientemente dos obras, o mejor dicho, dos revistas, o mejor dicho aún, una revista y una segunda parte, que han gustado mucho.

Como el simpático Chicote es hombre experimentado, y sabe que aquello de que «el buen paño en el arca se vende» ha pasado a la his-

toria y no hay negocio teatral posible sin reclamo, ha hecho pegar carteles extraordinarios anunciando la grata nueva.

Pero entre los títulos de las obras y la forma de estar dispuesto el anuncio, lo ha enredado el diablo de manera que la propaganda resulta contraproducente. Porque el cartel está de este modo:

CÓMICO

LORETO-CHICOTE

GRANDES ÉXITOS

¡QUE TE CREEES TÚ ESO!

¡PERO QUE NO ES ESO!

¡Y a ver si esto no parece una broma de un enemigo!

SINESIO DELGADO.



INGENUIDAD

Dib. MENÉNDEZ CAMPILLO. — Madrid.

— Oye, mamá, ¿qué hace aquí la abuelita?..

DEL BUEN HUMOR AJENO

¿DÓNDE ESTOY? == == por Pierre Veber



A otra noche, a la hora en que los fantasmas salen de sus escondrijos y se nos aparecen, tuve una extraña visión.

Llevaba largo rato vagando por lugares desconocidos, por calles estrechas y solitarias. Mis pasos resonaban en el silencio inquietante.

Abstraído como iba, me encontré de pronto en un sitio completamente desconocido para mí. Estaba, cuando me di cuenta, en una sala rectangular. Antorchas encendidas daban una luz indecisa a la estancia. Los seres allí reunidos parecie-

ron extrañarse de mi llegada. En el sitio de honor, un hombre pálido y triste, parecido en el traje y en las facciones a Carlos I, meditaba acodado sobre el brazo de un elevado sitial.

No muy lejos, una mujer, vestida con el sencillo traje de las aldeanas de la Lorena, elevaba sus ojos al cielo. Sin duda alguna, era Juana de Arco.

Y no soñaba, no. Aquello era absolutamente real. Aquellos personajes estaban delante de mí.

Cerca de ellos se encontraba Luis XIV en persona. La nostalgia del poder absoluto ensombrecía su altiva figura. Detrás le seguía el cardenal Mazarino.

No lejos de allí, María Stuardo parecía recordar el terrible drama

de su vida. Después apareció María Antonieta, la reina mártir. Un collar de rubíes marcaba el sitio donde el cuchillo de los jacobinos cortó su hermosa cabeza.

Y después, más y más figuras: César Borgia, Luis XIII, Fausto, Napoleón, Richelieu...

Sonó una dulce melodía, y entonces el condestable de Borbón me tocó cariñosamente la espalda y me preguntó:

— ¿Qué, joven, no baila usted?

Le miré extrañado.

— ¿Eh? ¿Pero aquí se baila?

Y entonces me di cuenta de que me hallaba en el baile de máscaras de los Thielleux, en su hotel del Marais.

A. R.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

- ¡Estás muy bien de demonio, Polito!
- ¿Por qué lo dices, Popó?
- ¡Hijo mío, porque no haces más que tentar!...

GARRIDO

G R A G E A

Entre «siervos»:

— ¿Has visto cómo está la señora con ese dominó largo?

— Sí; es la primera vez que se viste de verdad...

✂ ✂ ✂

Este año Gorito se ha disfrazado de mujer; pero todo el mundo le ha conocido.

✂ ✂ ✂

Después de la fiesta, ¡qué pálido está Pierrot y qué sofocada Colombina!

✂ ✂ ✂

Entre mujeres bonitas:

— ¿No piensas ir al baile de X?

— No; este año es obligatorio el antifaz.

✂ ✂ ✂

Entre mujeres feas:

— ¡Dichoso Carnaval! ¡Cómo me molestan estas fiestas!

— A mí me pasa lo mismo. Antes de empezar, estoy deseando que se acabe. No se ven más que mamarrachos.

✂ ✂ ✂

Algunas modas parecen lanzadas en Carnaval.

✂ ✂ ✂

Entre los muchos disfraces que siguen usándose después de Carnaval, hay el de «Eva» para ciertas señoras, y el de «pavo» para ciertos hombres.

SATIRICÓN

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

N. G. Madrid. — Esos bocadillos de niño ruso a cuarenta rublos no es comida apetitosa para nuestro semanario, ni aun condimentados con la mostaza y la sal que usted pone en el comentario.

C. R. Madrid. — ¡Holal, ¡holal... *Poyo*, es preciso que, antes de ponerse a escribir, no sea *olgazán* y *valla* a la escuela y se *aga ombre echo* y derecho.

El Fisgón de los Madriles. Madrid. — No están mal del todo esos versos pro-saicos. Alguno hay endeble; pero, en fin, cosas peores y sin tanta intención se publican por ahí a diario. Reincida usted, cuidando el envío y sin la amenaza de que sea semanal la colaboración.

El Duque de Pedreño. Madrid. — Suponemos que eso será un seudónimo; si no lo es, perdónenos. No tenemos a mano la *Guía Oficial*; de todas suertes, le guardaremos *El secreto...* no publicando sus versos.

I. F. Madrid. — Su defensa de la mujer no encaja en BUEN HUMOR. Aquí nadie se mete con las mujeres, y no es cosa de defenderlas casi en serio.

D. R. Madrid. — Nos hacemos cargo de su vehemente deseo de publicar algo en BUEN HUMOR. Ya suponemos que le *alagaría ver su nombre en letras de molde*; pero

necesita usted madurarse. Hay que poner las cosas en su punto y las haches en su lugar adecuado.

M. J. Madrid. — Inocentito; pero otros originales peores tenemos la triste obligación de tener que leer todas las semanas.

Don Prudencio Ridículo. Madrid. — Adivinamos su segundo apellido; pero no queremos escribirlo por respeto y consideración a sus parientes por la línea materna...

Apolo. Madrid. — De sus tres *carnavaladas* no nos gusta ninguna. De sus tres *Fortunas*, la única que nos gusta es la cuarta. La cuarta de Apolo ha sido siempre nuestra debilidad...

L. N. Valencia. — ¡Bueno, conforme; queda usted perdonado; pero no lo vuelva a hacer!...

C. R. Madrid. — ¿A que no sabe usted qué es lo que mejor nos ha parecido de su poema humorístico? Pues la firma.

C. S. Sagunto. — Llegó tarde su *Carnaval en la calle*. De todos modos, el tono de sus versos nos resulta un poco bastante extraño al carácter general de nuestro semanario.

César Nihil. ¿Madrid? — Muy curioso e interesante para la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*.

J. D. (Melamio) Madrid (casa de huéspedes con). — Sí, señor; la *Recepción académica* está pero que muy graciosa; tan graciosa, que, convenientemente puesta en castellano y suficientemente aderezada, ya

que usted nos autoriza para hacerlo, la daremos a la mayor brevedad posible. El otro articulillo, *Bolchevikadas*, lo encontramos también gracioso; pero inferior, con mucho, al otro. Es demasiado destornillado, exageradamente camélistico.

A. B. Madrid. — Pasamos por su palabra. Ese *cuento*, por lo que usted afirma, le habrá ocurrido en Palencia a un pariente suyo; pero nosotros tenemos también parientes en Burgos, y en Avila, y en Tarragona, y en las restantes capitales de España, y en algunos partidos judiciales, que nos aseguran fueron protagonistas del dichoso chascarrillo. Sentimos haya usted perdido el tiempo en poner en verso un cuento tan conocido.

A. L. Jaén. — Sí, señor; tiene gracia y está bien observada esa clase de gente impertinente. Como la cosa no tiene una actualidad apremiante, tenga usted paciencia, que en cuanto tengamos un poco de tiempo y humor, y haciendo uso de su autorización, lo pondremos en condiciones de publicarlo.

¡Alló, ¡Alló! Aquí, BUEN HUMOR..., para decirle que su artículo lo hemos oído ya en otras comunicaciones, y que eso del cruce es cosa ya de colgar el aparato.

L. F. Madrid. — No está mal; pero lo encontramos un poco inactual. ¿Quién se acuerda ya de la crisis última?

M. S. Barcelona. — Lo lamentamos muy sinceramente... Mande el sobre.



Alesanco
CARRETAS, 6
PRIMERA CASA EN PELETERÍA
RENARDS :: ABRIGOS
ÉCHARPES :: CUELLOS
TALLERES PROPIOS
VENTAS POR MAYOR Y AL DETALL
Alesanco
CARRETAS, 6



CUPÓN

correspondiente al número 13

de

BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado — que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.

F. L. M. Madrid. — Poquita cosa.

E. G. Madrid. — El dibujo es muy malo...; pero se publicará.

A. S. Madrid. — ¡Ojo! El asunto es sumamente antipático. Usted es más fresco que su amigo Ricardo, y Moncha, su señora (c. p. b), más fresca que Ricardo y que usted.

L. O. G. Bubierca. — Muy largo, muchas cuartillas para tan poca substancia;

pero no deja de tener algún que otro golpe gracioso; eso sí, tampoco falta algún que otro *lapsus* imperdonable: *peñiscando un panecillo* suponemos será una discreta alusión a lo duro del pan que le sirve la patrona; de ser otra su intención, creemos debería decir *pellizcando un*, etc.

M. U. Madrid. — Su cuento no tiene gracia ni aun en verso, vamos al decir. El *soneto satírico*, lo será si usted se empeña...; pero a nosotros no nos ha parecido ni satírico ni soneto.

P. P. U. Tarrasa. — La historieta no entra en concurso. Nos gusta como dibuja usted. Mándemos otras cosas.

F. C. Vallecas. — Gracias por todo. ¿Por qué le tiene usted *hincha* a López Rubio?

A. F. Madrid. — ¿El colmo de un *desmemoriado*? ¡Claro, como que usted no se acuerda de que *ávil* se escribía antes y ahora con *h* y con *b*!

J. S. Tauriat Hamet. — Nos satisface que en esa posición estratégica tenga usted humor para hacer versitos. No se los publicamos porque no están para eso; pero insista usted, que es posible acierte en otro envío.

Pindaro. — *R. F. S. Coruña.* — *F. L. M. Madrid.* — *Charlemagne.* — *Pe-gu-ro.* — *As. Madrid.* — *A. A. Madrid.* — *Gastón Anglada.* — *Egarna.* — *J. A. Madrid.* — *Dandy.* — *Carcha.* — *Don Languero.* — *Piscis.* — *Salamanca.* — *Acige.* — *Diez.* — *Ro-*



NÚMERO 13

DE

BUEN HUMOR

Tercer cupón de los cuatro que han de acompañar a todo trabajo que se nos remita para nuestro CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS.

gueman. — *Pardo.* — *K-OS* y *R. L. Madrid.* — No sirven.

J. C. P. Castro Urdiales. — La historieta no entra en concurso.

A. P. Arsenal de la Carraca. — Idem idem.

J. R. Madrid. — Los dibujos nos gustan más que los chistes. Insista usted.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

POLVOS PARA LOS DIENTES
DEL
DOCTOR PETER

Pulimentan y preservan el esmalte, al que dan una blancura como la perla; proporcionan a las encías un color fuerte, sanguíneo, muy agradable a la vista.

PÍDANSE EN LAS BUENAS PERFUMERÍAS

Inmenso
SURTIDO
EN JOYERÍA, RELOJERÍA Y PLATERÍA:
PRECIOS DE FABRICA
Daniel Inclán
MONTERA 23 • BOLIVAR 23
MADRID MEXICO

CREMA RECONSTITUYENTE
LIDA
URQUIOLA
CALLE MAYOR, NÚM. 1
MADRID

Calzados PAGAY
LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS
MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

—oOo—

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de mes.)

MADRID

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	6,50 pesetas.
Semestre (26 —)	13 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL.

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

MANZANERA Y COMP.^A, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración: Plaza del Angel, 5.

M A D R I D



Dib. PENAGOS.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid